

Gerhard Ludwig MÜLLER, *La Misa. Fuente de vida cristiana*, Cristiandad, Madrid 2004, 230 pp., 13 x 20, ISBN 84-7057-499-X.

Nos encontramos ante un libro de teología de la eucaristía, escrito por el actual obispo de Ratisbona. En él se aprecia una detenida atención a los testimonios de la Escritura y a los documentos del Vaticano II, aunque también se hacen referencias ocasionales al magisterio reciente. Un primer intento es presentar la misa como un acontecimiento cristológico y trinitario, como «la celebración de la comunión de vida con Jesucristo». «Hay que determinar de forma absolutamente cristológica la categoría de sacrificio e interpretarla en el marco de la distinción y de la unidad de Cristo como cabeza y como cuerpo. (...) El sacrificio de la Iglesia no es otra cosa que el ejercicio del sacerdocio común de los fieles, en cuanto correalizan la autodonación eucarística de Cristo al Padre, y, de esta forma, se hacen “uno” con Cristo (Gal 3,28), es decir, “una persona en la unidad de cabeza y cuerpo: un Cristo” (san Agustín)» (pp. 213-214). Del mismo modo se recuerda la celebración eucarística como *anamnesis* del Padre, *communio* con Cristo y *epiclesis* del Espíritu (cfr. p. 213).

También recuerda su vinculación con la Iglesia. «La eucaristía es la más viva y sublime autorrealización de la Iglesia, que ha sido establecida de una vez para siempre por la actuación salvífica de Cristo en la historia y por la efusión del Espíritu Santo. En la eucaristía, Cristo edifica siempre de nuevo la Iglesia establecida de una vez para siempre, proporcionándole toda la fuerza vital y el vigor que necesita para crecer» (pp. 34-35). La eucaristía hace la Iglesia. Pero Müller recuerda de igual modo aspectos centrales del dogma eucarístico como la presencia

real de Cristo o su dimensión sacrificial y de donación. «El marco de comprensión para el sacrificio de la eucaristía viene dado por las palabras del Cristo joánico en la última cena: “Si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies... os he dado ejemplo, para que hagáis lo que yo he hecho con vosotros” (Jn 13,14s.). Ésta es la mejor interpretación del acontecimiento cultural-litúrgico o simbólico-real de la proclamación de la muerte del Señor y de la entrega de su vida por nosotros hasta su regreso (1 Cor 11,26ss)» (p. 198). La eucaristía supone la autodonación continua de Dios y de su promesa de salvación.

El libro se estructura sin embargo siguiendo las partes de la misa. Así, el rito de entrada será «el encuentro con el Dios encarnado»; la liturgia de la palabra, «la actualización del mensaje de Jesús sobre el reino de Dios» (la lectura del Antiguo Testamento, «el Cristo prometido»; la del Nuevo Testamento, «el Cristo predicado»; el Evangelio, «el Jesús que predica»; y la homilía, «el encuentro con la palabra de Cristo en nuestro presente»). A su vez, la liturgia eucarística supondrá la misma «comunión con Cristo crucificado y resucitado», en la que la plegaria eucarística constituye la «súplica a Dios Padre por el Hijo en el Espíritu Santo», seguida por «la comunión con Cristo resucitado» y concluida con el rito de despedida que invita a «caminar con Cristo en el mundo». Sobre la relación entre eucaristía y mundo, escribe Müller: «En la eucaristía celebramos el sacramento del amor trino de Dios que ha entregado su vida por nosotros en su Hijo encarnado y se ha revelado como amor (1 Jn 4,10) y que ha derramado el Espíritu del amor divino en nuestros corazones (1 Jn 4,13; Rom 5,5). En la eucaristía, el creyente experimenta siempre de nuevo la verdad sobre sí mismo, se abre para él

el sentido íntimo de la historia del mundo y obtiene la prueba de que en medio de todas sus fuerzas, luchas y rumbos contradictorios, sólo un poder se afirma victorioso: el amor» (p. 184).

El estudio acaba con un apéndice donde se aborda «el desarrollo reciente de la teología de la santa misa», sobre todo en perspectiva ecuménica, en el que aborda temas como la misa como memorial de la muerte y resurrección de Cristo, la presencia real, la eucaristía y las iglesias, la intercomuniión, etc. En definitiva, nos encontramos ante un libro en el que se explica la misa —como centro de nuestra fe y como «lugar donde se unen cielo y tierra»— en un lenguaje actual en continuo diálogo con la cultura y la teología contemporáneas. Al mismo tiempo no renuncia a la dimensión espiritual de la celebración eucarística, al sugerir como fines propios de la misa «acompañar a Jesús», «asemejarse a Cristo» o hacerse «conformes a Jesucristo».

Pablo Blanco

Marcello SEMERARO, *Misterio, Comuniión y Misión. Manual de eclesiología*, Ed. Secretariado Trinitario, Salamanca 2004, 268 pp., 14 x 22, ISBN 84-88643-91-8.

Este libro es una traducción del original italiano, publicado en 1997. Su autor fue profesor de eclesiología en la Pont. Univ. Lateranense, y actualmente es obispo de Ostia (Italia).

La materia se distribuye en seis capítulos: el «misterio» y los «títulos trinitarios» de la Iglesia, la Iglesia como comuniión, los «dones» de la Trinidad a la Iglesia, el «servicio de la comuniión» y «la Iglesia en camino hacia la Trinidad».

El prólogo subraya la «revolución» operada por el Concilio Vaticano II al

exponer la identidad y autoconciencia de la Iglesia. El misterio de la Iglesia se contempla en el Concilio a partir de la experiencia de su propia vida, en la perspectiva de la fe y bajo el impulso del Espíritu, que la dota de santidad y hace de ella el seno materno donde la fe se acoge, se concibe y profesa.

Siguiendo de cerca la constitución dogmática *Lumen gentium*, el capítulo primero presenta la Iglesia originada en la Trinidad, a partir del amor fontal del Padre, por la obra del Hijo y la acción del Espíritu Santo. En un segundo momento enmarca las «imágenes» de la Iglesia (cfr LG 6) en el contexto del pensamiento moderno sobre los símbolos. El capítulo siguiente trata las tres nociones eclesiológicas de pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo, que expresan, cada una con sus posibilidades y límites, el ser misterioso de la Iglesia, a la vez que la sitúan en relación con las Personas divinas.

Así se llega, en el capítulo tercero, ante las puertas del «íntimo misterio» de la Iglesia, la comuniión, que el autor expone a partir de la sinaxis eucarística y la relación entre las Iglesias particulares y la Iglesia universal. A continuación, aborda las cuatro características o atributos (clásicamente «notas», modernamente «propiedades») de la Iglesia: unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad, que aquí se consideran como dones y tareas. Precisamente la apostolicidad de la Iglesia sirve de enlace para el estudio del ministerio apostólico en el capítulo siguiente —algo más amplio que el resto—: «El servicio de la comuniión»; el texto se centra en tres temas: el colegio episcopal, el ministerio petrino y el sagrado magisterio.

El último capítulo sintetiza la misión de la Iglesia en torno a tres puntos,